

# Índice

Bleichmar, Silvia  
Dolor país y después... - 1a ed. -  
Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2007.  
176 p. ; 0x0 cm.

ISBN 978-987-599-051-7

1. Ensayo Argentino. I. Título  
CDD A864

Foto de tapa: Ezequiel Torres. "Lo único que puede resolver los problemas humanos son el amor y la verdad" Gracias por todo, Silvia. Te extrañan, Ezequiel y Morena.

Corrección: Laura Kaganas

Diseño: Fluxus

"Cómo se mide el índice Dolor País", *Clarín*, 25/07/01; "La derrota del pensamiento", *Clarín*, 31/10/01; "La difícil tarea de ser joven", *Revista Topía*, septiembre/octubre de 2001; "Ahora somos todos cartoneros", *Clarín* 15/01/02; "Vivir la utopía de la normalidad", *Clarín*, 4/06/03, "El horror a la indiferencia", *Revista 23*, 22/07/04, "Nuestra responsabilidad hacia los combatientes", *Cuadernos Argentina Reciente* N° 4: "La guerra de Malvinas, veinticinco años después", agosto de 2007; "El derecho de volver a creer en las palabras", *Clarín*, 04/01/07; "La responsabilidad de los intelectuales", *Revista 23*, 12/08/06; "El pensamiento corporativo y la crisis universitaria", *Diario Hoy*, La Plata, 14/08/06; "El sexo es cultura", *Caras y Caretas*, diciembre de 2005; "Madres y padres de la Patria", *Caras y Caretas*, julio de 2006; "La Fiesta del Don", *Caras y Caretas*, noviembre de 2006; "Los excesos del trabajo", *Caras y Caretas*, mayo de 2006; "Envidia y caridad: dos caras de la misma moneda", *La Mujer de mi Vida* - Año 1 - Número 8; Víctimas y victimarios, igualmente condenados, *Clarín*, 20/07/06; "La política es impiadosa con la moral", *La Nación*, 31/05/2007; "De la creencia al prejuicio", *Revista Vertex* Vol. XVIII - 2007.

© Libros del Zorzal, 2007  
Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-599-051-7

Libros del Zorzal  
Printed in Argentina  
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de  
*Dolor país y después...*, escribanos a:  
info@delzorzal.com.ar

www.delzorzal.com.ar

Una vez más, tenía razón...	9
Prólogo.....	17
Introducción.....	21
Dolor País .....	33
I. Los recursos de la historia .....	35
II. Dolor País.....	48
III. La derrota del pensamiento .....	53
IV. La difícil tarea de ser joven.....	58
V. La salud política .....	64
VI. El sostén subjetivo de una Ética .....	68
VII. <i>Losers</i> y <i>Winners</i> , entre la excusa y la justificación .....	74
VIII. <i>The Matrix</i> y el País virtual.....	83
IX. Somos todos cartoneros .....	89
X. Estamos acá.....	94
Después... ..	101
XI. Una vez más hemos votado .....	103
XII. El horror a la indiferencia .....	108
XIII. Nuestra responsabilidad hacia los combatientes.....	111
XIV. El derecho de volver a creer en las palabras .....	122
XV. La responsabilidad de los intelectuales.....	126

## VI. El sostén subjetivo de una Ética

El relativismo moral se produce en el momento mismo en el cual la explicación de un hecho deviene su justificación; en el instante en el cual la profunda revulsión que produce un acto atentatorio contra la condición humana se convierte en una descripción aplacatoria de las causas que llevaron a su producción.

Un viejo film llamado *La noche de los generales* relata la historia de un investigador que, en pleno régimen nazi, se dedica a develar la muerte de una serie de mujeres –prostitutas de profesión– cuyo asesino resultó ser un general de alto rango del régimen. La búsqueda del culpable en este contexto deviene un paradigma de la defensa de la ley y la vida en las condiciones más extremas, y del consiguiente castigo para quien atenta contra ella, dando cuenta de que algunos aspectos del contrato interhumano exceden lo circunstancial, y se plantean como premisas de la humanización. Porque los hechos singulares, aquellos que tienen caras y nombres, nos arrancan de la cómoda mollicie del anonimato de las víctimas y nos imponen la convicción de nuestra profunda imbricación al semejante.

Si el remanente ideológico del nazismo fue la pérdida de la capacidad de asombro de los hombres frente a la muerte y el desdibujamiento de los límites entre el bien y

el mal, parecería que éste es el intento que, con las mismas características, sometió durante algunos años a la sociedad argentina ante los efectos del terrorismo de Estado.

Sin embargo, al modo del personaje de la película que acabo de recordar, algunos episodios en las condiciones de nuestra vida actual dan cuenta de la profunda vocación del hombre por sostenerse en el marco de una ética que trasciende la historia inmediata. De allí la sensación de extrañamiento esperanzado que suscita la denuncia y reclamo de esclarecimiento de la muerte de un soldado en un cuartel, o de una niña asesinada por miembros de un feudo provincial. Y, en los últimos días, en el marco del intento de recuperación por parte de algunos de sus depósitos bancarios, como se dice y es cierto, pero por parte de muchos de reencontrar la dignidad y volver a sentirse con derecho a vivir en un país diferente, de la expulsión del ministro de justicia del gobierno menemista –símbolo de la corrupción de la justicia– de un *shopping* en el cual quinientas personas lo abuchearon.

Y esto se produce como recuperación de la dignidad ante los profundos traumatismos y decepciones por los que viene atravesando la sociedad argentina desde hace tantos años, dando cuenta de la posibilidad de comenzar, de una vez por todas, a buscar un camino distinto para saldarlos.

Uno de los restaurantes más tradicionales de Mendoza, “La Marchigiana”, ha cerrado temporalmente sus puertas a los funcionarios gubernamentales y puso un pendón negro en la puerta, hasta que se resuelva el atraso del Estado en aportar los fondos para los programas de alimentación infantil en barrios pobres. La decisión no ha sido sólo ética respecto a la resolución tomada, sino también en el modo con el cual se realizó, luego de un fuerte debate interno, en el cual participó el personal de la empresa. Un día antes su dueño, Fernando Barbera, aun sabiendo que la resolución tendría un efecto fuerte en las ventas del restaurante, había expresado: “A nosotros no

nos está yendo mal, pero vemos lo que pasa alrededor, y es como ganar al póquer en el Titanic”<sup>7</sup>.

Todas las teorías morales, aun las más escépticas, constatan que el hombre no puede vivir sólo para sí mismo. Más allá de los cambios históricos, más allá de los valores dominantes en una u otra época, ciertos aspectos del contrato interhumano exceden lo circunstancial, se plantean como premisas de la humanización. “El otro hombre, escribe Emmanuel Levinas, me despierta de mi espontaneidad de sonámbulo, quiebra el imperialismo tranquilo e inocente de mi perseverancia en el ser, y me pone en la imposibilidad de ocupar el mundo como una vegetación salvaje, como una pura energía, como una fuerza de hecho. Mi libertad no es la última palabra, yo no estoy solo. Sin hacerse anunciar, el Otro, el Próximo, entra en mi vida, su cara desnuda, inviolable, expuesta y sin embargo sustraída a mis poderes [...]. Esta intrusión, este desarreglo, es mi nacimiento al escrúpulo”<sup>8</sup>.

En esta presencia insoslayable del semejante se encuentra el fundamento mismo de la Ética. Porque algunos aspectos del contrato interhumano exceden lo circunstancial y se plantean como las premisas mismas de su existencia. El hecho de que los seres humanos sean crías destinadas a humanizarse en la cultura articula un punto insoslayable de todas las tensiones subjetivas que la articulan con el mundo: la presencia del semejante es inherente a su constitución misma. En el otro se alimentan no sólo nuestras bocas sino nuestras mentes; de él recibimos junto con la leche el odio y el amor, nuestras preferencias morales y nuestras valoraciones ideológicas; el otro está inscripto en nosotros, y esto es inevitable.

Es esta condición de base de la transformación del cachorro humano en ser humano la que genera la expectativa de

<sup>7</sup> *Los Andes* (Mendoza), 30 de diciembre de 2001.

<sup>8</sup> Emmanuel Levinas, *Du sacré au saint*, p. 21, Ed. de Minuit, París, 1977.

reencuentro con la solidaridad y el compromiso con el otro humano, en razón de que el semejante no puede dejar de arrancarnos, con su presencia tensionante, del egoísmo. Es el hecho de que nuestra vida haya sido valiosa, amorosamente, desde su inicio mismo, para otro, y que su vida a su vez haya sido la condición misma de nuestra existencia, no sólo material sino subjetiva lo que constituye el fundamento de la Ética como reconocimiento de nuestra obligación hacia el semejante.

Nuestra vida cotidiana parece estar atravesada, constantemente, por sistemas de fuerzas enfrentados respecto a los ideales y a los modelos posibles. Una conocida revista que se dedica a retratar a personajes notorios ofrece, página por medio, un funcionario que simultáneamente sale en los diarios mezclado en un escándalo por narcotráfico, trata de blancas o malversación de fondos públicos. Se los ofrece como modelos de éxito y de buen vivir, en forma absolutamente dissociada respecto a las noticias que diariamente sacuden al país.

Simultáneamente, la indignación ante la corrupción des- embozada vuelca una elección, participa en la destitución de un presidente, voltea a otro, poniendo de manifiesto el deseo de recuperar modos contractuales regidos por limitaciones de la impunidad. En esta cuestión del contrato radica el fundamento de la Ética: el contrato no pone fin a la violencia del otro, a un orden –o un desorden– donde el hombre es el lobo del hombre. “En la selva de los lobos, ninguna ley puede ser introducida”<sup>9</sup>. La discusión sobre la corrupción no es simplemente una toma política de partido. No remite a un universalismo abstracto sobre el bien ni puede subsumirse en un relativismo que anule la cuestión. Cuando se roban los fondos de los jubilados o las cajas de ropa y comida que la ciudadanía, solidariamente, dona para los inundados, se transgrede una ley moral de la sociedad: la de preservar la vida, a los niveles más elementales que fueran, de quienes constituyen la comunidad de pertenencia.

<sup>9</sup> Emmanuel Levinas, *op. cit.*

Reducir lo que ocurre hoy en la Argentina a un acto de economicismo degradado contra el corralito financiero es sumar más desprecio al que ya ha recibido la población por parte de sus sectores gobernantes. Creer que lo único que motiva a quienes salieron a la calle en los días de diciembre de 2001 es la recuperación de sus fondos, los ahorros congelados, es no sólo banal sino injusto. Por supuesto que el cerco a los depósitos bancarios produjo indignación, pero no sólo por razones económicas, sino porque fue un gesto más de impunidad, un modo más de estafa moral, y no sólo económica, en razón de que todo esto fue realizado sin explicación, mintiendo la verdad que todos sabían: que los bancos no tenían el dinero para cubrir los depósitos porque durante años habían lucrado brutalmente con el dinero de sus depositantes. Y si la discrepancia entre las tasas de interés en la Argentina, entre las que se cobran por prestar y las que se dan a los pequeños inversores es absolutamente in-moral, la voracidad del sistema financiero se expresa en el modo perverso con el cual una operatoria definida por las reglas del saqueo termina por implicar, en los bordes, aun a quienes intentan conservarse en los marcos de la prudencia y la moralidad financiera.

De ahí que las tensiones subjetivas vinieran incrementándose en el país, en razón de que mientras los marginales aumentaban permanentemente, a índices que en los últimos tiempos llegaron a plantear la suma escalofriante de dos mil quinientas personas que pasaban diariamente a formar parte de quienes están por debajo de la línea de pobreza, aquellos que aún poseen capacidad económica de supervivencia se vieron en la alternativa de gozar el bienestar inmediato que la estabilidad ofrece, a costa de la aniquilación física o moral de las generaciones anteriores, y de la destrucción del presente y el porvenir de quienes aún podrían tener futuro. Como en *La noche de los generales*, ciertos acontecimientos devinieron entonces paradigmáticos no de la impunidad consuetudinaria –que ya conocemos y retor-

na de múltiples formas–, sino de la arraigada persistencia de una ética que resitúa la vida y la muerte –del semejante, de mí mismo– como fundamento de la existencia humana. Porque en algún lugar de la conciencia histórica colectiva una señal de alerta se encendió, y la contradicción de optar por la propia seguridad a costa del sufrimiento del otro se manifestó en toda su crudeza para algunos, y en otros la convicción de que ya no podían dilatar más la decisión de comenzar a pensar el futuro de sus hijos por sí mismos tomó cuerpo. Es así como el dilema político ha devenido dilema ético: las elecciones axiológicas pasaron a primer plano y la tensión inquietante del semejante hoy nos atraviesa y penetra las cómodas ignorancias cotidianas.